



“Ya no existe una cultura dominante”

Daniel Clowes regresa con *Paciencia*, una obra mitad ciencia ficción y mitad melodrama en la que sigue explorando nuevos caminos para el cómic estadounidense. Por Álex Vicente

HACE MÁS DE veinte años que Daniel Clowes (Chicago, 1961), personalidad imprescindible del cómic estadounidense, reside en la ciudad californiana de Oakland. El paisaje de fondo que figura en sus cómics se parece sospechosamente al de esta localidad en vías de gentrificación, situada en el extremo este de la bahía de San Francisco, de la que Oakland parece una especie de doble más asequible y menos agraciada. La ciudad es un concentrado de esos Estados Unidos suburbanos, de clase media y sin atributos especialmente memorables, que vuelven a brotar en su último cómic. *Paciencia* (Fulgencio Pimentel) relata el asesinato del personaje femenino que le da título y aborda la sed de venganza de Jack, su compañero, que utilizará una máquina del tiempo para regresar al pasado y alterar el final de su trágica historia.

Pese a virar hacia la ciencia ficción, el dibujante admite que pocas cosas le inspiran tanto como dar una vuelta por barrios como Piedmont o Rockridge, repletos de carteles que piden el voto por Bernie Sanders. “Sería incapaz de firmar un cómic que transcurriera en Nueva York, Londres o París, lugares algo sobrecogedores sobre los que ya han hablado tantos autores. En Oakland conozco las particularidades de todos los barrios y me siento en casa como no me ha pasado en la vida”, explica Clowes. El autor vive con su esposa e hijo en una zona residencial apacible, pero pegada a un cementerio donde descansan glorias locales como el fundador de la escuela pública en California o el primer jugador de beisbol abiertamente homosexual.

En casi cada esquina parece asomar uno de sus personajes, hombrecillos patéticos pero en el fondo entrañables, irascibles e incommunicados, de mentes insanas en cuerpos insanos y decididamente misántropos. Un prejubilado arrellanado en un banco podría pasar por el antihéroe de Wilson, o tal vez por el cuarentón divorciado que protagonizaba *Mister Wonderful*. En la concurrida



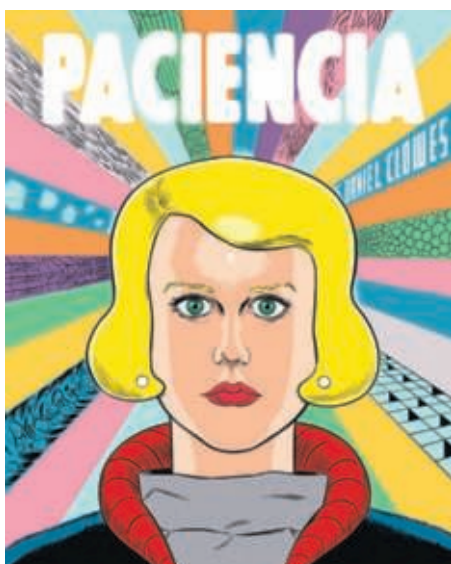
Piedmont Avenue, repleta de comercios y restaurantes, abundan los jóvenes taciturnos que pudieron haber inspirado David Boring. Y en el barrio de Elmort, en la vecina Berkeley, dos universitarias observan el vacío desde el otro lado de la ventana de un diner algo decrepito. Lo han adivinado: podrían ser Enid y Rebecca, las cáusticas protagonistas de *Ghost World*. Con el conjunto de sus

obras y la ayuda de aliados como Chris Ware o Charles Burns, el dibujante ha logrado alterar el rumbo de la viñeta estadounidense, muy sujeta a los superhéroes y las tiras cómicas, hasta elevarla a la categoría de novela gráfica. Una denominación, por otra parte, que Clowes siempre ha aborrecido. “Cada vez que oigo esas palabras, me entra un dolor de barriga visceral”, admite el autor. “Es un nombre estúpido, aunque los propios dibujantes tuvimos la oportunidad de encontrar uno mejor y no lo logramos. Yo prefiero llamarlo simplemente cómic”.

En su último volumen no falta su habitual humor negro ni su cinismo existencial, aunque también sobresalga en él una inhabitual carga sentimental. *Paciencia* es pura ciencia ficción, pero también un melodrama en toda regla, que parece dar a entender que el afecto es el único motor vital que acabe sirviendo de algo: un auténtico exotismo en la obra de Clowes. “Un viaje mortal por el tiempo y el espacio hasta el infinito primordial del amor eterno”, define el propio autor desde la contraportada del libro. No está claro si lo hace con sorna. “Trabajé sin saber cómo quedaría. No era consciente, en todo caso, de haber firmado un libro feliz e inspirador. Y, de todas formas, todo eso es muy relativo: todavía hay muchos lectores que me siguen encontrando cínico y oscuro”, relativiza.

De todas formas, Clowes nunca ha estado de acuerdo con quienes solo logran distinguir nihilismo y misantropía en sus páginas. Pero sí concede, tras insistir un poco, que algunas experiencias recientes han logrado moderar su cáustico punto de vista sobre la existencia, que ahora cree que también respondía a una pose adolescente. La primera fue una operación a corazón abierto, hace una década, durante la que descubrió ser “una persona más valiente de lo que creía”. La segunda, en 2008, fue la muerte de su padre, que se marchó pocos días antes de poder ver a su hijo firmar su primera portada para *The New Yorker*, esa consagración simbólica para todo dibujante estadounidense. La tercera fue tener un hijo, Charlie. “Es algo que altera profun-

“Cada vez que oigo esas palabras [novela gráfica] me entra dolor de barriga. Yo prefiero llamarlo simplemente cómic”



Viñetas de Daniel Clowes para *Paciencia*. El dibujo del hombre con barba y gafas es un autorretrato.

Los trazos del ‘género Clowes’

Paciencia. Editorial Fulgencio Pimentel. Logroño, 2016. 180 páginas. 24,99 euros.

Ghost World. La Cúpula Ediciones. Barcelona, 2013. 82 páginas. 12,90 euros.

Wilson. Reservoir Books. Barcelona, 2010. 96 páginas. 17,90 euros.

Mister Wonderful. Reservoir Books. Barcelona, 2010. 80 páginas. 15,90 euros.

Ice Haven. Reservoir Books. Barcelona, 2006. 96 páginas. 14,50 euros.

“No era consciente de haber hecho un libro feliz. Pero es relativo: muchos lectores me siguen encontrando oscuro”

“Invéntate una afición y en Google encontrarás apasionados por lo mismo. Antes el *mainstream* lo invadía todo”

damente tu identidad. Inevitablemente, te preguntas qué quieres enseñarle y qué tipo de ejemplo deseas ser para esa persona”, afirma. “A los 25 años, tenía una visión de mí mismo que no correspondía a quien soy en realidad. A partir de cierta edad, uno deja de protegerse tras una fachada. Ahora tengo claro quién soy, qué me interesa y cuáles son mis valores, incluidos los estéticos”.

El futuro que Clowes dibuja en su libro es un conglomerado de seres alienados, pantallas inteligentes y cuerpos sexualizados. Un porvenir, por tanto, que no es más que una versión ligeramente exagerada de nuestro presente. Alérgico a la digitalización imperante y a las redes sociales, el autor se dice perplejo ante los cambios que experimenta el mundo, así como el propio sistema cultural. “Cuando crecí, la cultura *mainstream* lo invadía todo. Era un monocultivo muy oprimiente. Incluso las películas independientes estaban producidas por los grandes estudios. Existía una cultura *underground* muy interesante, pero a la que era muy difícil acceder. Hoy sucede lo contrario. Invéntate una afición y búscala en Google: seguro que existe un grupo de apasionados por lo mismo”, dice Clowes. “La contracultura se ha diluido. Para lo bueno y para lo malo, ya no existe una cultura dominante como la hubo en otra época. Puedes vivir sin televisión o escuchando solo la música que te gusta. Por ejemplo, no he escuchado una canción de Beyoncé en la vida. En los ochenta, en cambio, hubiera sido imposible evitarla”.

Pese a su cambio de perspectiva vital, Clowes sigue pareciéndose bastante a sus personajes: no logra entender el interés de conformarse a la norma o de pertenecer al grupo, que muchas veces le parece más bien un rebaño. Sus viñetas no traducen el reverso agri dulce del sueño americano. Más bien hablan de quienes ni siquiera empezaron a fantasear con él. Su misión ha consistido en criticar el dogma de la sonrisa perfecta y el optimismo obligatorio, como muchos artistas judíos desde la posguerra estadounidense. “En realidad yo no tengo orígenes judíos. O, para ser más precisos, los tengo pero no los descubrí hasta que fui bastante mayor”, confiesa. “Mi abuela era judía, pero fue tan discriminada por serlo durante su juventud en Texas que decidió ignorar que lo era y nunca nos habló de ello”. Pasados los 20 años, descubrió la verdad. Entendió entonces por qué le gustaba tanto *Mad Magazine*, la revista satírica que ridiculizaba la cultura oficial y la sociedad de consumo, liderada por dibujantes judíos. Escuchó también el eco de los mitos hebreos en los cómics de Marvel que devoraba de niño. Pero descubrir esa filiación no cambió demasiado las cosas. “Conecto con esa cultura a un nivel secular, pero mi aversión a la religión me ha impedido ir más allá”, concluye Clowes. •

El lenguaje en aforismos

Oscuridad no equivale a profundidad. Por Jorge Wagensberg

PARA COMPRENDER UNA REALIDAD se necesita un método y un lenguaje. Primero se elige el método. Si la realidad es de baja complejidad lo indicado es recurrir a la ciencia, si no es tan baja entonces la opción puede ser el arte y si la complejidad es muy alta entonces la tentación es la revelación. Pero luego hay que disponer de un lenguaje idóneo. No conviene quedarse corto ni pasarse de largo. Los números romanos bastan para nombrar y ordenar siglos pero son muy incómodos para llevar la contabilidad de una empresa. El lenguaje de los jeroglíficos egipcios es perfecto para evocar poéticamente el *curriculum vitae* de una dignidad difunta pero no lo es tanto para escribir un manual de física cuántica. La evolución de un conocimiento puede adelantarse a la de su lenguaje. Es el caso del cine que empezó como teatro filmado o la del automóvil que empezó como un carruaje sin caballerías. Pero también puede ocurrir que nada se mueva si el lenguaje no es el adecuado. En pintura por ejemplo, ocurrió durante más de 15 milenios hasta que Filippo Brunelleschi divulgara los secretos de la perspectiva cónica en pleno Renacimiento.

1. La verdad absoluta y eterna existe, pero solo en matemáticas y nadie tiene el privilegio de su representación, de su autoridad o de su beneficio.
2. Pocos se irritan tanto como un matemático cuando le manosean el lenguaje.
3. De la mecánica clásica no se desprende que todo esté determinado.
4. De la teoría del caos no se deriva que todo es azar.
5. De la mecánica cuántica no se infiere la ruina de la objetividad.
6. De la relatividad no se deduce que todo es relativo.
7. De la termodinámica no se sigue que cualquier tiempo pasado fue mejor.
8. No conozco ningún fascista que hable más de tres idiomas.
9. Antes de los diez años solo vale la pena aprender lenguaje (música, idiomas, matemáticas,...).
10. La oscuridad de un lenguaje no añade profundidad a un contenido.
11. Los números naturales bastan para contar y ordenar, pero no para restar;

los enteros bastan para contar, ordenar y restar pero no para dividir; los racionales bastan para contar, ordenar, restar y dividir pero no para hacer una raíz cuadrada; los reales bastan para contar, ordenar, restar, dividir y calcular raíces pero no todas; los números complejos sirven para contar, ordenar, restar, dividir y calcular cualquier raíz, pero no para dar cuenta de la irregularidad o la autosimilitud,... de ahí los objetos fractales.

12. Hay como mínimo tres lenguajes que aspiran a ser universales: la mímica, la música y la matemática.

13. El concepto himno nacional prueba la universalidad del lenguaje musical.

14. ¿De qué región es el acento del canto de este pájaro? ¿De qué árbol? ¿De qué rama? ¿De qué nido? ¿No seré yo mismo el que está pidiendo?

15. La ambigüedad es el recurso del lenguaje contra la literalidad.

16. La redundancia es el recurso del lenguaje contra su propio ruido.

17. El retruécano es el recurso del lenguaje para sorprender con lo previsible, como el tartazo de nata en plena cara.

18. La ironía es el último recurso del lenguaje contra el dogma.

19. No se sabe quién da más miedo con un texto sagrado en sus manos, si el que lee literalmente o el que lee entre líneas.

20. Fundamentalismo es margen cero para la interpretación, solo eso.

21. La mezcla más explosiva de un lenguaje se consigue con un 99% de literalidad y un 1% de incoherencia.

22. Se necesitan algo más de cien letras para escribir la materia inerte (los elementos de la tabla de Mendeleiev), menos de cinco letras para escribir la materia viva (las bases de nucleótidos), unas treinta letras para escribir materia culta (las del alfabeto) y unos veinte millones para escribir un ecosistema (las especies según la clasificación de Linneus).

23. Racionalismo: reducir justo hasta la misma esencia.

24. Reduccionismo: reducir más allá de la propia esencia.

25. Oscurantismo: sazonar la esencia con ruido añadido. •

COMPRAMOS LIBROS

y bibliotecas a domicilio

Hacemos envíos a todo el mundo

www.librosalcana.com

info@librosalcana.com

C/ Marqués de Viana, 52

28039 Madrid

91.220.42.63 629.240.523 664.442.863